



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

EN SUIZA

Era una residencia cara y de prestigio. Quizá la más cara y la de mayor prestigio de Suiza. Todos los hijos de las familias más notorias de Europa recibían en la misma, educación e instrucción. A su servicio figuraban un crecido número de sirvientes de ambos sexos, en su mayoría extranjeros. El último de los contratados, un joven turco de familia, se esforzaba por agradar a la Dirección y complacer a los educandos. Limpiaba los retretes, servía los desayunos, recogía las pelotas con presteza en las pistas de tenis, llevaba los cestillos con provisiones en las excursiones por la montaña (a la hora del yantar se alejaba discretamente de los grupos y comía en solitario sus bocadillos), etcétera. Un día, en la clase de equitación, al estar uno de los caballos enfermo, como quiera que una niña de ojos azules y cabellos rubios se pusiera a berrear, al ver que quedaba en tierra y sus compañeros se alejaban en sus monturas, se ofreció a llevarla sobre sus hombros. La niña se divirtió mucho. El joven turco extenuado, no pudo al día siguiente servir los desayunos.

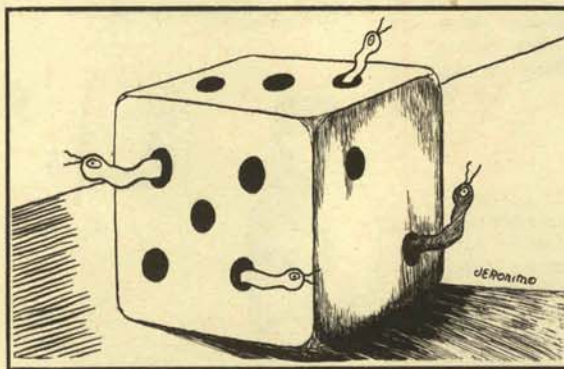
LEONES

Trataba de demostrar al empresario que su número circense era único en el mundo. Montó la jaula y encerró en la misma a cuatro enormes leones. Desde fuera entregó a uno de ellos un aro. Un león lo sostuvo con su pata derecha mientras que otro saltaba a través del mismo. A otra señal del domador los leones jugaron al corro, erguidos sobre dos patas. Luego con una pelota dieron cabezadas. Lo hacían todo sincronizadamente, con gran maestría. El empresario no quedó muy convencido de la atracción. Le dejaban frío aquellas habilidades de los leones. «Parece como... como si usted les tuviera miedo... No se acerca a ellos, no arriesga nada... En dos palabras: no hay emoción». El domador, sorprendido y dolido por aquellas palabras, se introdujo resuelto en la jaula y profirió un rugido terrible. De un salto los cuatro leones, asustados, se encaramaron al techo de la jaula, y allí permanecieron varias horas. Hasta que no perdieron de vista al domador no se atrevieron a bajar...

HOMENAJE

Treinta años al servicio de la empresa y ahora la jubilación. El dueño, los jefes y compañeros organizaron en su honor un almuerzo en un modesto restaurante. El discurso del dueño resultó conmovedor. Luego sus compañeros reclamaron unas palabras del homenajeado. Todos habían bebido más de la cuenta. El probo empleado, «ejemplo de sumisión, honradez y abnegación», puesto a duras penas en pie por sus compañeros de mesa, sólo acertó a balbucear. «Cerdos... sois todos unos cerdos». Le jalearon, le tiraron migas de pan y con grandes risotadas le hicieron sentarse a la fuerza de nuevo en su silla. Al día siguiente, abochornado, el homenajeado se presentó para dar las gracias y excusarse, pero ni el dueño ni los jefes quisieron recibirle. Volvió a su casa y lloró largo rato.

MEMORINO



—Yo no entiendo a mis obreros. Para desagradar a sus antepasados les he propuesto que ejerciten en mi el derecho de pernada y no han querido.

CH 2

Las bajas pasiones

EL AHORRO

El ahorro es una baja pasión que padecen los pesimistas que creen que el futuro es peligroso y que Dios, que alimenta a los pajaritos que alegran nuestros oídos con sus trinos y sus cantos, no les dará también a ellos unas miguitas para que no dejen de trinar y cantar cabe los arroyos de los prados.

El ahorro deforma a los niños a quienes se les inculca, haciéndoles estreñidos y aficionados a coleccionar caquitas de oveja. Los niños muy ahorrativos acaban por hacer caca por los oídos, y sordos a quienes desde su sabiduría les aconsejan que gasten cuanto ganen en viajar, en comer, en divertirse, en comprarse fincas de lujo y en proteger a las adolescentes de los ataques libidinosos de los demás. Casi nadie hace caso de estos consejos y después de muchas privaciones, ora introduciéndose monedas por el orificio de la rabadilla, ora por el de las huchas de barro, ora por el de las ventanillas de ingresos de cualquier institución dada a esas cosas, al final de su vida, consiguen reunir cuarenta duros que a su muerte los herederos malgastan entre maldiciones en unas horas.

El ahorro, en fin, es una baja pasión vulnerable a las fluctuaciones monetarias, a las inflaciones perpetuas que sufrimos y a las tendencias socialistas de los jóvenes iconoclastas, destructores de las sagradas leyes económicas de antaño. No ahorre. Deje de ser una hormiga y sea una cigarra que canta. Le irá mejor. Ahí tienen, por ejemplo, a Raphael y al mismo Elvis Presley que son felices cantando incansablemente todo el año y son admirados, queridos y respetados por todo el mundo.